

LAS CORRIENTES FILOSOFICO-ESPIRITUALES EN LATINOAMERICA, ESPECIALMENTE EN LA ARGENTINA¹

Por Juan R. Sepich

Proemio

"Creo que las corrientes filosóficas de mi país, sólo pueden ser consideradas en cuanto se refieren al orden práctico."

Esta enunciación necesita ser aclarada en su significado y en su alcance.

1. Desde un punto de vista técnico, tal como puede y debe hacerse en una reunión académica, existe una corriente o tendencia filosófica en la medida en que el pensamiento vigente en una comunidad (universitaria o política) tiene el valor de un hilo conductor del resto de las actividades del hombre.

(1) Conferencia pronunciada por Juan R. Sepich en marzo de 1949 en la Universidad de Maguncia (Alemania Federal), ante el rector y numeroso público de profesores y estudiantes, invitado por el Seminario de Filosofía de esa universidad. La conferencia, redactada inicialmente en español, fue traducida luego al alemán para ser leída en esa oportunidad. Ambos textos, tanto el manuscrito original como la versión alemana, se encuentran ahora en el archivo del Instituto de Filosofía Argentina y Americana. M. Zubiría.

Así, pues, debe hablarse de una corriente teórica o de una corriente o tendencia práctica. Esta última, al ser tendencia, es una corriente de acciones influenciada por un pensamiento teórico más o menos concientemente.

Pueden subsistir una sin la otra, aunque en diversos planos. Por ejemplo, individualmente los hombres pueden estar en una corriente especulativa; y aún todo un grupo académico, sin que la comunidad política en que viven siga en su vida práctica esa línea de conducta. Si bien es verdad que un pensamiento así, transmitido a la juventud estudiosa, terminaría por imponerse aun en la praxis de la comunidad nacional. Pero este problema atañe a la eficacia de la vida intelectual; problema que ha de ocupar nuestro tiempo en la reunión del "Philosophisches Seminar" (Instituto de Filosofía) para ser discutido en su alcance .

Por otra parte, puede existir en la comunidad o pueblo una praxis y ordenamiento total, que se regula por un pensamiento académicamente no cultivado por los profesionales de la docencia o del estudio de las doctrinas filosóficas.

2. A este hecho de disociación, por transitoria que sea su duración, hay que buscarle una explicación. Esta ruptura entre pensamiento y vida (ruptura al menos aparente y transitoria) no es aleatoria ni arbitraria. Tiene una base en la estructura psicológica del hombre. La exigencia psicológica tiene su raíz en una condición metafísica del ser humano: su condición de ente condicionado.

Me parece muy aguda y acertada la explicación que como de pado da Aristóteles en su "Metafísica" cuando dice que los pueblos, como los hombres, entran por el camino del pensamiento especulativo puro, una vez que han resuelto el problema de las exigencias **impostergables**. Y trae a colación el ejemplo de los egipcios y la invención de las Matemáticas por parte de los sacerdotes.

La explicación del Estagirita tiene la eficacia de dar, muy de acuerdo con su propia metafísica del ser, una explicación de por qué pueden darse hechos tales de separación entre pensamiento y vida como los que señalábamos al comenzar nuestra exposición.

3. Y ésta es también, a mi juicio, la explicación de lo que sucede en mi patria, y la justificación de la tesis que he expresado al decir: solamente pueden ser consideradas (las corrientes filosóficas) en cuanto se refieren al orden práctico. Pero, se me dirá, ¿no existen en Argentina corrientes filosóficas en el plano especulativo? He aquí el problema que deseo exponer en sus términos **reales** según mi opinión profesional como profesor universitario y como hombre consagrado al pensamiento especulativo. El desarrollo y explicación de esa pregunta que se me puede formular, dará, según espero, una visión real y lo suficientemente completa del estado espiritual de mi patria.

Planteo

4. Para ello es necesario señalar las **condiciones y circunstancias generales** que gravitan sobre la existencia del pensamiento especulativo y las tendencias prácticas. Confieso que únicamente debido a la distancia me es posible, y se me presenta como urgente, la reflexión sobre estas condiciones y circunstancias espirituales de mi país. Mientras se vive en él, ni el problema urge ni la proximidad permite abarcarlo en su extensión total. Por esto mi exposición es también, y en primer término, un examen de conciencia.

a) Argentina nació a la vida política independiente sin haber adquirido totalmente **la forma** cultural hispánica. La obra de los españoles quedó sin terminar, en cuanto no lograron (incluso por sus propias circunstancias históricas internas y externas) levantar aquellas provincias ultramarinas hasta la misma forma y estado de conciencia metropolitano. Algunos ejemplos nos aclararán el alcance de esta afirmación. La vida universitaria empezó, es cierto, cien años antes en la América hispánica que en la **sajona**; pero no pudo razonablemente y en tan corto espacio, ser para su tiempo lo que Salamanca fue para el suyo. España encontró en lo que luego fue el Virreina-

to del Río de la Plata, indígenas salvajes; de suerte que su primera obra fue transplantarlos a la vida civilizada.

En la vida religiosa sucedió algo semejante. Antes de que apareciera el monaquismo como forma superior de vida religiosa, dentro de los límites del pueblo argentino, España se vio obligada a cancelar su acción misionera. En las artes bellas y en la técnica, si bien introdujo todo cuanto en la metrópoli había de avanzado, no pudo promover las provincias de allende el mar en el camino del perfeccionamiento, porque tuvo que hacer frente a una nueva situación espiritual del mundo con una preparación que no era adecuada. España se había agotado en su obra americana. Su debilidad fue aprovechada por otras fuerzas que terminaron con la vida política de España en América.

Por eso Argentina se diferencia de España; porque nunca llegó a ser España, en el pleno y total sentido. Diferencia que si bien significa en nosotros un estado inmaduro, comporta por otra parte, una mayor amplitud de comprensión. Quien conozca Argentina, advertirá que es un pueblo abierto a los cuatro rumbos y con una amplitud espiritual casi ilimitada. En esto hay para nosotros un peligro o debilidad y una ventaja. Esa es nuestra situación real objetiva.

b) La segunda característica, en cierto modo compensatoria de nuestra débil constitución cultural (tomada esta palabra en su sentido de madurez propia de los pueblos con longevidad histórica), es la **catolicidad sustantiva** de Argentina. Nosotros no tenemos problema de herejía. Sea cual fuere la perfección de nuestra vida religiosa, lo cierto es que nuestro pueblo tiene un sentido sacral de la existencia, un sentido teológico del mundo y del hombre, y la consiguiente alegría de saber -"cum timore et tremore"- que es el cooperador de Dios en la construcción de su personal grandeza y felicidad temporal y eterna. En esto, nuestra raíz espiritual es hispánica, a pesar del aluvión que la cultura de otros pueblos depositó en nuestra tierra desde los últimos ochenta años. En éstos, precisamente,

es donde se nota más el influjo de la vida francesa, sobre todo en la clase adinerada de Argentina. El "pueblo" no conoce la vida del "Paris elegante" de nuestros plutócratas.

c) Una tercera circunstancia digna de mención la constituye nuestra conformación étnica. Argentina es un pueblo de aluvión. Somos, sin duda, Europa en América, ya que ni el indigenismo ni el mestizaje constituyen un problema en Argentina. Nuestros políticos constructores, con un sentido de hispánica prudencia, avizoraron desde muy temprano este problema, que lo es muy grave para otros países de nuestro continente sureño.

El europeísmo étnico nos convierte en un pueblo con peligro de despersonalización. Y de este crisol donde todos los pueblos han vertido torrentes de su sangre, ha surgido una nación con clara conciencia de sus valores esenciales; de un idealismo, a veces, romántico y caballeresco a la española, sin tener en muchos casos la fuerza suficiente para realizar su propio destino de acuerdo con la clara visión de su conciencia.

Este pueblo comprende e intuye la suprema jerarquía de lo espiritual sobre lo material; de lo eterno sobre lo temporal; de lo moral sobre lo técnico; de lo político sobre lo económico; del derecho sobre la simple fuerza; del honor sobre la comodidad y sobre el éxito. Esta conciencia no la ha perdido nunca; es la sustancia de su vida como nación.

Pero es claro, no hay que olvidar que es un pueblo joven, cuya madurez recién comienza a manifestarse y cuya inexperiencia lo hace dar pasos inseguros o, al menos, indecisos. No creo que esto pueda tomarse como un elogio desmedido. No quisiera que tuviese más que el sentido de una expresión objetiva. Y se verá así, teniendo en cuenta que apoyo esta afirmación en la distinción entre **pueblo** y **grupos dirigentes**. De esta distinción me ocupo más adelante.

d) A estas circunstancias generales hay que añadir el **proceso de nuestra formación política**, un poco turbulenta, sin duda;

pero también mal comprendida en Europa, donde se ha creído que la revolución sediciosa era el estado normal de nuestra América sureña. No es ni ha sido nunca así. Podría decir, sin peligro de ser desmentido, que la **sedición** ha vegetado en Europa mucho más lozana que en nuestra América. Nosotros hemos tenido revoluciones, pero sediciones, muy pocas, quizá una o dos. La revolución es signo de una madurez deficiente; la sedición es señal de una corrupción incipiente o progresiva. Argentina ha tenido una sola cosmovisión en su gente culta dirigente y en su pueblo. Ambas capas conocen y aman lo mismo; pero cada una a su manera: culta y popular.

Nuestro proceso de formación política está condicionado por la presencia del elemento foráneo; entre nosotros denominado "el gringo". A él pertenece todo lo que no es nativo y español. Este elemento debilita, con su presencia y su diferente manera de ver el mundo, la acción del argentino que va hacia su meta, anteriormente descrita en sus elementos: lo espiritual, lo eterno, lo moral, lo político, el honor y el derecho.

La formación política es una manera o estructura de la convivencia para hacer reales esos valores en la vida serena del individuo y de la comunidad.

La clase dirigente dispone del poder, del talento directivo y de la capacidad de orientación; el pueblo tiene su mística por dentro, y pone su contribución, su esfuerzo y su trabajo. Cuando la clase dirigente, por presión de las circunstancias internas o externas; por deficiencia de su sentido del honor o por la declinación de su vigor espiritual, claudica y se aleja de la ruta que lleva hacia la obtención de esos valores nombrados, el pueblo busca su caudillo y se levanta en contra.

Ese ha sido el proceso y la causa de las revoluciones en Argentina. Proceso y motivo bien noble y digno, por cierto. Desde hace cien años, tiempo que dura nuestra conformación política hasta hoy, las etapas de nuestra vida espiritual están señaladas por esa lucha entre nuestra aspiración y nuestra debilidad. Cuando la debilidad aparece en la clase dirigente, por

ser menos numerosa y más expuesta, hace su entrada la revolución; es decir, reacciona la salud del pueblo. Considero el pueblo como totalidad de un país, como conjunto de fuerza y esfuerzo que trabaja en una dirección dada dentro de la cual encuentra interpretadas sus aspiraciones fundamentales.

Si este pueblo ha sido debidamente trabajado -como lo fue el nuestro por España, aunque su obra no tuvo toda su madurez-, y en su seno se han sembrado las semillas de los valores eternos impostergables, entonces este pueblo tiene **salud espiritual**, y como en las reacciones fisiológicas, acusa la presencia de elementos patógenos que lo intoxican. El pueblo argentino ha sido así.

e) Sin embargo, los últimos cincuenta años son un ejemplo de que la ruptura o dualidad entre el pensar y el vivir no es duradera.

Nuestra configuración política, nuestra convivencia humana estuvo regulada por una concepción que necesariamente, dentro de la idiosincrasia argentina, tenía que hacer crisis. Explicaré este proceso en sus trazos más esenciales y salientes.

Como resultado de la lucha civil entre unitarios y federales, el año 1853 toma cuerpo jurídico una constitución cuyo espíritu es el del liberalismo de tipo inglés: liberalismo económico que supedita a sí mismo toda la vida política e incluso la vida moral. Esa concepción de la vida y esa conducción de la política, no eran la del pueblo, cuyos valores eran otros. Pero la dirección del país estaba en manos de quienes tenían, dentro y fuera, suficiente fuerza y perspicacia para imponerla. Naturalmente, el liberalismo como doctrina es una fórmula que tiene su relativa eficacia práctica. De ella vivió nuestra Argentina, sacando sus ventajas y reportando también sus dificultades. Pero esto, amén de contrariar la sustancia misma de la cosmovisión (un poco emotiva, si se quiere) de nuestro pueblo, era una fórmula que tenía que agotarse en razón de su propia limitación.

Ese liberalismo económico configuró a su imagen y semejanza, no sólo las instituciones políticas, sino también las culturales, como la escuela y la universidad. Y al cabo de su primer treintenio (es decir, cuando puede madurar una generación) ya tenía seguidores y continuadores de su obra. Pero su caducidad estaba en su propia debilidad interior. Bastaron cincuenta años, a saber, otra generación y el comienzo de una tercera, para agotar su capacidad de continuar gobernando a Argentina, no sólo en los cargos políticos institucionales, sino en el gobierno espiritual e intelectual de la nación.

Nuestra súbita aparición en el escenario internacional, es para muchos un hecho inexplicable. A lo sumo se da como razón, la riqueza agraria de Argentina en un mundo hambriento y sacudido por un resquebrajamiento institucional universal. *La catástrofe de Europa no es una casualidad; es una consecuencia*, así como el levantarse de Argentina es también consecuencia de una actitud espiritual, que reacciona contra el peligro que amenaza su existencia.

f) Tres problemas enfrenta Argentina: el de la **continuidad espiritual**, de raigambre católica; el de su **cultura tradicional** nacida de una Europa en que tienen vigencia los grandes principios de la filosofía griega a través del Medioevo; y el de su configuración como pueblo con solidez en su **estructura social**.

Y por eso es dable reconocer en la vida argentina, una corriente de vida y tendencias que tratan de resolver, mediante tres actitudes, los tres problemas fundamentales. Son, pues tres **problemas**, tres **actitudes**, y tres **soluciones**.

5. Hasta aquí mi exposición es parte de la elaboración que requería aquella pregunta formulada antes: ¿no existen en Argentina corrientes filosóficas en el plano especulativo?

La comunidad argentina ha contado como única fuerza, con la tabla de valores que nutre la mística de su pueblo y la presencia de una selección que ha tomado la responsabilidad

y conducción del país. Toda su pujanza le viene, como a los árboles, de su raíz. Argentina ha tenido principio en la vida de la Cristiandad occidental, a través del tronco español. No se ha cristalizado como forma de España; y ello le ha mantenido una flexibilidad plástica, que se advierte en su sensible reacción ante todo lo que representa un valor permanente, divino o humano.

Frente a este caudal, grande o pequeño, (a otros toca juzgarlo), surgen los tres problemas fundamentales de dar a la nación una **actitud frente a lo eterno**, frente a **lo cultural** y frente a **lo social**, principalmente en su aspecto de justicia para con el pueblo del trabajo, cualquiera sea su condición.

Hay aquí una cuestión de vida o muerte en el terreno de la praxis; y a este término le damos toda la amplitud que tiene en la filosofía moral o ética.

Cuestión de vida o muerte que además de la interna importancia presenta al lado de la urgencia impostergable.

Para solucionar esta dificultad había que contar con las circunstancias de orden internacional que coaccionaron y coaccionan la vida argentina.

Hay que enumerar la heterogeneidad de la masa étnica; lo cual hace más difícil alcanzar un estado de conciencia denso y eficaz para la lucha por la vida nacional. Agréguese a lo dicho, la precipitación creciente de los acontecimientos mundiales y el corto espacio de cien años con que cuenta Argentina en su pasado, y se tendrá una visión exacta de nuestro pueblo.

Esquematismo

6. Volviendo ahora a la cuestión inicial, fácilmente quedará en evidencia que en lo dicho hay un cierto esquematismo, inevitable si se quiere hacer una exposición comprensible.

La Nación no careció jamás de una corriente filosófica. Más exacto sería, sin embargo, decir que la vida nacional estu

vo siempre sostenida durante el proceso de sus instituciones, por una filosofía.

Para poder delinear la situación de mi país, necesito recurrir pues al esquematismo. Argentina es un paralelogramo de fuerzas: **una tradicional**, que da fisonomía y permanencia a la Nación; **otra antitradicional**, o sea la fuerza de inercia que atrae la vida nacional hacia una disolución de sí misma.

Estas dos fuerzas están en función de otras dos, que son los **grupos dirigentes** y el **pueblo**. Los dirigentes y el pueblo compensan o descompensan la acción de las fuerzas tradicional y antitradicional.

En Argentina, cuya vida institucional es tan corta, se da el fenómeno curioso de que la fuerza tradicional tiene su apoyo en el pueblo. Esto explica, quizá, el por qué de la preponderancia de una determinada filosofía en el desarrollo de nuestra vida nacional.

Nuestro pueblo es el que conserva, por impregnación, los valores tradicionales que nos han dado existencia nacional y fisonomía. La acción civilizadora española ha dejado su simiente en el pueblo y ha creado **un pueblo**, más bien que grupos selectos y minorías preponderantes. Explicable fenómeno, por otra parte, ya que la característica del genio español es su genio popular. Lo genial en España está en su pueblo. Esto no significa, bajo ningún concepto, que el genio de España sea plebeyo, ni el de Argentina tampoco.

Los grupos dirigentes, en cambio, significan entre nosotros, más bien el **elemento transformante**. A esos grupos se puede, por ende, deber la transformación progresiva de un pueblo en ambos sentidos, en el de su perfección o en el de su corrupción como tal.

La vida nacional argentina se ha desenvuelto, pues, entre estos dos puntos: el impulso que más o menos concientemente representa el pueblo; y la dirección conciente de sus grupos dirigentes. Cuando la vida nacional se ha equilibrado por el acuerdo de los grupos dirigentes y los impulsos del pueblo, se han producido los hechos capitales de nuestra historia.

aquellos que pueden considerarse como los cimientos de nuestra nacionalidad.

Es verdad que nuestro pueblo nunca careció de sus dirigentes. De otro modo la anarquía hubiera hecho fácil presa de nuestra incipiente nacionalidad. Pero también es verdad que las reacciones instintivas, salvadoras de nuestra esencia, han venido siempre porque el pueblo ha dado su impulso y su sangre para la continuidad de la nación.

La descripción de nuestra historia es, por consiguiente, definible en función de los grupos dirigentes y el pueblo. Mientras duró nuestra pertenencia al imperio español, no hubo otra fuerza ni otra filosofía que aquella misma que España blandía en Europa frente al mundo de la Reforma.

Por eso es dable observar en el caudillismo de Argentina características análogas a las que vemos en las acciones hispánicas de la guerra contra los árabes por ejemplo. También nuestros caudillos levantaron al pueblo al grito de "religión o muerte".

La filosofía europea dominante en los comienzos y primera mitad del siglo XIX hizo presa de nuestros grupos dirigentes. Por una parte el **racionalismo** descendiente de Kant, como antítesis de una concepción teológica del mundo y del hombre; y por otra el **enciclopedismo**, fueron las dos ideas que iban a germinar en nuestra tierra.

A consecuencia de la derrota militar en Caseros, en 1853, del último caudillo que llevó a su pueblo por el sendero de su crecimiento nacional tradicional, tomó las riendas del país el grupo dirigente que representaba, filosóficamente, el **liberalismo deísta** del siglo XIX. Así se plasmó el aspecto institucional del país, que pudimos ver hasta hoy y que está precisamente en trance de desaparecer, no sin dejar sus huellas y sus consecuencias. Para emplear una expresión propia de Herder, el **espíritu del pueblo** fue conducido por una **idea liberal, deísta**; o más bien, su vida fue **casi forzada** a desenvolverse dentro de un marco institucional fundido en el molde liberal.

Unas rápidas alusiones al orden de las ideas-praxis, nos

indicarán más aun, el estado de la Nación.

En el terreno de la filosofía política, el individualismo se sobreponía a toda concepción sociologista. Y como reacción que era, de una burguesía antiaristocrática aunque plutócrata, supo respetar aquellos valores personales tradicionales, por cuya defensa el pueblo hubiera entrado nuevamente en lucha.

En el plano de la filosofía económica, el **librecambio** suprimió todo sentido funcional de la riqueza. Y así la finanza logró sobreponerse a la economía y convertir en pobres a las naciones ricas y viceversa.

Nuestro pueblo hubo de vivir en el marco de una democracia igualitaria y cuantitativa, tratando instintivamente de conservar, aún en este clima, su tradicional cosmovisión.

En lo religioso, el deísmo naturalista aparecía traducido en la **filosofía de la así llamada tolerancia** y libertad de conciencia.

En lo moral surgía la ética racionalista, sobre todo del **hombre honesto**, como sustituto del tradicional concepto del hombre, perfecto por la virtud y la santidad heroica.

Reconozco, como acabo de decir hace un momento, que en esta descripción rige un cierto esquematismo. Sin embargo, muchos hechos tienen una plausible explicación mediante estos juicios, aparentemente esquemáticos.

Así, por ejemplo, podría preguntárseme: "¿Cómo un pueblo que tiene, al menos difusamente, una conciencia de ciertos valores, puede ser trasladado a un clima espiritual totalmente contrario, sin reacción?" Diré que si así fuera, sería inexplicable. Nuestro pueblo no pasó sin reacción. Y el tránsito por un estadio liberal, atenuado sin duda en sus exigencias teóricas, se debe a dos factores: **primero**, a la resistencia que el pueblo oponía a ese proceso en que se veía perdiendo su fisonomía; **segundo**, a la envoltura racionalista con que fueron presentadas a nuestro pueblo las metas de su camino histórico.

Para hacer comprensible esta afirmación, hago recordar

lo que al comienzo dije acerca del estado inmaduro de nuestro pueblo al desprenderse de la corona española. Si ello representa para nosotros un ensanchamiento del horizonte, también representa los peligros de una configuración débil.

Pues bien, nuestro pueblo vivió desde los comienzos la euforia del mito del progreso como camino de la Humanidad y como ley de la historia. Era fácil hacer esa transposición desde el **concepto de la perfección** hacia el **concepto del progreso**; sobre todo en un pueblo que no había logrado aún su madurez en ningún plano.

Y fue la lectura de Herder la que dió a nuestros hombres de la primera mitad del siglo XIX esa visión optimista, mediante el **mito de la Humanidad** como cumbre de la aspiración y el progreso. La **historia como evolución** y el **panteísmo deísta** formaba para los grupos dirigentes la triada y el sustituto de la fe popular en el **Bien Supremo**, la **eternidad** y el **Dios personal** de los cristianos.

Mientras la Iglesia y la familia apuntalaban y defendían la fe del pueblo, el poder político en manos del grupo dirigente configuraba las instituciones del país en el espíritu liberal, y racionalista y naturalista.

La vida oficial configuró así la enseñanza, la Universidad y la vida intelectual restringida de la Nación.

Llegamos a una clara oposición entre la vida de una nación y el pensamiento de su grupo dirigente; o en términos de antítesis, entre vida y pensamiento. Como esa ruptura no puede subsistir indefinidamente, tenía que producirse una de estas dos cosas: o la anulación del pueblo o el choque de las fuerzas.

Argentina está hace ya unos decenios ante esta segunda alternativa. Actitud que se justifica, y explica el hecho de la oposición de una nación con un carácter, para los de fuera, desconocido; pero que es, en verdad, el propio de dicho pueblo, el tradicional, el que ha dado a Argentina su fisonomía histórica y la ha sostenido en sus momentos de transición.

Nuestro esquematismo pues, explica cómo un grupo diri

gente, imbuído de una filosofía racionalista y romántica, liberal en lo económico-político, naturalista en lo ético-religioso, antitradicional e individualista en lo social, tuvo el poder, y con él la oportunidad, de confeccionar en lo jurídico las instituciones fundamentales de la Nación.

Dentro de ese marco, un pueblo con sentido idealista de la vida, con un empuje vital generoso y con un sentido del honor y del servicio a la causa de Dios y de la patria, mantuvo intacta la sustancia de su espíritu, aun en las adversas circunstancias que acabo de mencionar hace un instante.

Esta tensión y oposición de fuerzas, tuvo que tener su momento de descompensación. Y en él estamos ahora.

Interpretación de nuestra filosofía

7. El que quiera, más que conocer, comprender hondamente a Argentina, es menester que ponga como punto inicial este juicio: **Argentina es un pueblo joven que no se ha detenido en su proceso de formación; pero su formación está aún en desarrollo y recién ahora empiezan a perfilarse, para los extraños claramente, sus caracteres definitivos.**

Como nación vigorosa y ricamente dotada, que ha tenido un avance formidable en el terreno económico, cuesta trabajo considerarla como un adolescente; y sin embargo lo es. Nosotros hemos tenido la ventaja de aprovechar vuestro estu-pendo ejemplo de pueblos cultos. Pero se nos ha creado la obligación de hacer en cien años lo que otros pueblos han hecho en mil. Y este error de perspectiva, hace que muchas veces sea injusto con Argentina, juzgándola mal sin acordarse que todas sus experiencias son las primeras que hace.

Teniendo en cuenta lo dicho, creo que puede ahora verse mejor, la afirmación inicial: "Las corrientes filosóficas de mi país solamente pueden ser consideradas en cuanto se refieren al orden práctico." Y así es porque, apoyando con esto la mencionada opinión de Aristóteles sobre la vida especulativa de

los pueblos, no hemos tenido tiempo ni coyuntura para ocupar nos sino de los problemas más urgentes, de aquellos que se presentan hoy y no aguardan su solución hasta mañana.

Argentina no tuvo jamás ni vive la filosofía **pragmatista**; es una cuestión de hecho. Argentina es idealista, caballeresca y hasta diré, un poco **romántica**, como hija de su tiempo. Pero es que la vida y el transcurso histórico, recién ahora nos permiten entrar en el **mayorazgo cultural**.

Ruego a mis honorables oyentes que reflexionen sobre esta última proposición. Es una confesión humilde, si se quiere; pero nos justifica de muchas culpas que se nos echan y de las que no tenemos responsabilidad.

En el orden técnico-científico, por ejemplo, nuestra problemática es diferente a la del terreno cultural puramente filosófico. Porque las necesidades biológicas y vegetativas de nuestro pueblo han obligado a un ritmo, esfuerzo y resultados, mucho más rápidos, enérgicos y avanzados.

Creo que realmente recién ahora se empiezan a dar en Argentina, los condicionamientos históricos indispensables para que comience su mayorazgo cultural. Si lo hará o no, eso ya pertenece al pronóstico y no me compete a mí el predecirlo.

Por consiguiente, modestamente creo que nuestro pasado y nuestro preciso presente de hoy, pueden considerarse únicamente como los **antecedentes mediatos e inmediatos de la cultura filosófica argentina**.

Nuestras corrientes filosóficas

8. La **primera etapa** esquemática, de nuestros antecedentes, podemos considerarla ligada a la vida intelectual de la Universidad de Córdoba, con su patrimonio ancestral y su sentido tradicional hispánico. No me detengo a caracterizar sus corrientes porque ellas pertenecen al influjo de la filosofía realista escolástica, en lo moral, jurídico y teológico. Cuando comien-

za a sentirse en Argentina el influjo de la **ideología**, ya entramos en la **segunda etapa**, que atribuyo a la Universidad de Buenos Aires a partir de su fundación en 1821 y que se prolonga hasta 1900 sin lucha. Este período, principalmente influenciado por los juristas, coincide con la desmesurada preponderancia cultural de la Facultad de Derecho dentro de la Universidad porteña. Coincide este hecho con todo lo que hemos analizado anteriormente y con la afirmación de que el grupo dirigente tuvo fundamentalmente como tarea, la estructuración institucional del país.

En efecto esta preponderancia de los juristas y abogados de Buenos Aires, coincide con todo el período de nuestra configuración liberal.

Nuestra Facultad de Filosofía porteña, acaba de cumplir, en 1947, sus cincuenta años de vida. Es decir, que recién comienza a estar en el plano de la dirección espiritual real de la vida argentina.

En el terreno de la práctica, el liberalismo como corriente teórica, hacia su experiencia.

Hacia el 1900 comienza decididamente lo que podemos señalar como **tercera etapa**. La uniformidad liberal -en la enseñanza oficial superior, media y primaria; en la vida jurídica; en la prensa; en la economía y sobre todo en la moral y la política- se rompe al comienzo del siglo XX. Otras inquietudes llegan a nuestras playas, traídas en parte por el levantamiento y aparición del problema social del trabajo. Para ese entonces, la reacción de tipo social se comienza a hacer sentir. Y la revolución política de 1900 es un síntoma del cambio de quicio de nuestra posición ideológica.

Allí comenzó el pueblo, frente a sus dirigentes, a dar aviso de su estado de conciencia.

Y este aspecto se tradujo en una, por así decir, socialización creciente en la enseñanza, en la prensa, en el parlamento y en todo el desenvolvimiento de la vida real de Argentina. Nuestra producción filosófica desde 1900 muestra ya la aparición, todavía esporádica pero, con todo, real, de un pensamiento que rompe la monotonía de la enseñanza liberal.

Por entonces interesa vivamente en Buenos Aires la lectura y el estudio de Kant. Una mentalidad nueva desea y necesita hacer crítica de la dogmática liberal, hasta ese momento indiscutida.

Puede decirse que en esta etapa hacen su aparición el idealismo alemán; posteriormente el bergsonismo; las escuelas del vitalismo alemán a través de ciertos autores hispánicos y el eco del neoescolaticismo, principalmente por el conducto de su forma francesa.

La información cuantitativamente considerada abarca toda la producción europea; la bibliografía francesa, alemana, italiana y española llega a nuestras playas y al estudio de nuestros hombres de letras. Pero el crisol trabaja, al menos aparentemente, con un ritmo lento.

Desde 1930 podemos señalar la **cuarta etapa**, violentamente acelerada y que encierra en sí los elementos para el diagnóstico y aún para el pronóstico del proceso cultural argentino.

Creo que esta época contiene tres grupos bien diferenciados.

El **primero** forma el reducto del antiguo liberalismo, cuya preocupación central, sin duda, se reviste con el carácter jurídico, pero pertenece al campo económico. Su producción bibliográfica decrece en valor desde entonces y hoy se encuentra batida por dos flancos opuestos.

El **segundo grupo** carece, a mi juicio, de una orientación firme. Es el grupo que busca y dentro de él se han refugiado todas las inquietudes y también todos los snobismos, desde el marxismo doctrinario hasta la última forma francesa del existencialismo. Este grupo se caracteriza por su preocupación de querer "estar al día" y vive mirando hacia afuera. Considero que este grupo carece de una condición indispensable de la vida intelectual: el **recogimiento** y la vida interior. Esta deficiencia acabará por agostar los mejores esfuerzos, como se prevee en la aparición progresiva de un agnosticismo difundido y aplicado a todos los sectores de la vida. Y como señal de

esto, cabe consignar que este grupo está casi totalmente dirigido por **hombres de letras**, más bien ensayistas que filósofos.

El **tercer grupo** está formado por una pléyade de hombres en su mayoría jóvenes, docentes de gimnasios y universidades, cuya característica saliente es **saber lo que quiere**. Su posición es la filosofía realista, vivida en plenitud.

Esta corriente ha impuesto en el país el retorno a los estudios clásicos grecolatinos. Ha impulsado la vida nacional hacia la tradición. Ha hecho surgir la comprensión del imprescindible sentido cristiano de nuestra vida nacional y cultural.

Es el grupo que tiene concordancia consigo mismo; es decir, vive el principio de no contradicción. Profesa teóricamente la misma filosofía que vive en lo público y privado; en lo natural y en lo espiritual; en lo científico y lo literario; en el deporte, en la economía; en lo social y en lo político; en el arte y en la vida cotidiana.

Este movimiento tradicional, realista, grecolatino y cristiano, tiene diferentes expresiones que podrían clasificarse. Pero la clasificación es menos importante para la visión sintética de la situación intelectual de Argentina.

Por cierto que una actitud espiritista es la pauta espiritual de Argentina. De intento mantengo esta caracterización dentro de términos generales para no derivar a la información. Es pues interesante tener una **interpretación** de los hechos que pueda justificar el fenómeno innegable que es la expresión de vida dada por la Argentina en nuestro tiempo.

Colofón

9. No descarto la posibilidad de que este juicio sobre la situación de mi país pueda carecer de objetividad en cierta medida. Como todo juicio que implica una cierta veracidad, ha de tener la inevitable subjetividad, que choca, a veces, con la objjetividad. Debo además manifestar con toda honestidad que mis propias convicciones me colocan en el tercer grupo y por consiguiente mi apreciación de los otros es, en cierta medida, inevitablemente crítica.

Pero esta misma situación me favorece para formular, a título de último elemento, una invitación a estudiar el problema del desarrollo intelectual de Argentina, porque este pueblo lleva en sí, ciertamente, una esperanza que puede ser participada por otros.

Agradezco de lo íntimo de mi ser la invitación de esta noble Universidad y la oportunidad de poder exponer, siquiera sea en esbozo, la situación espiritual de mi país.

Quiera el señor Rector recibir esta mi expresión de gratitud y hacerla extensiva a los señores profesores, a los cuales ofrezco esta mi exposición como el principio de una fecunda y durable comunicación cultural entre Alemania y Argentina.

